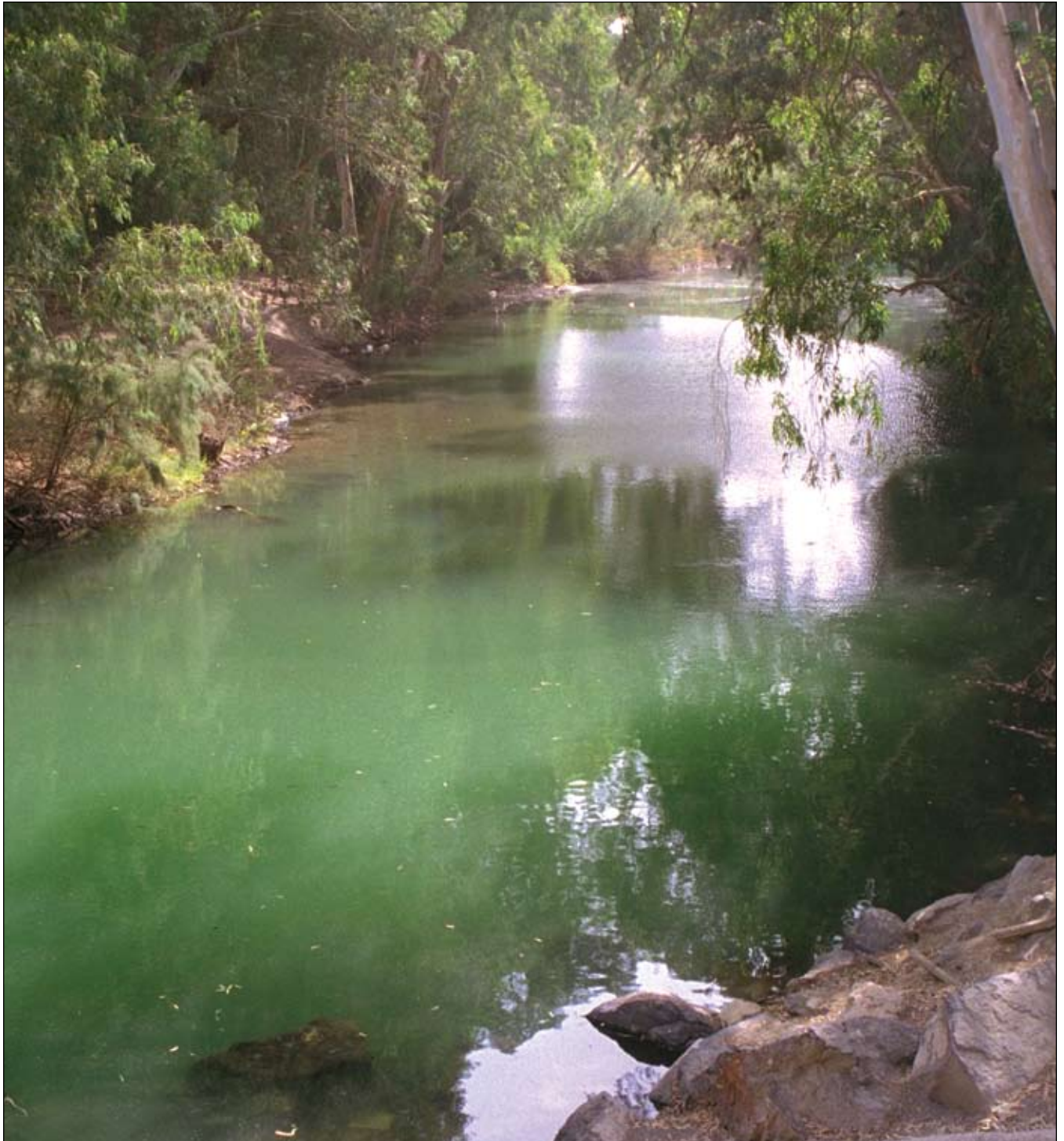


¿Qué es la conversión cristiana?



¿Qué es la conversión cristiana?

Defensores entusiastas de casi todas las ideologías, filosofías y religiones tratan habitualmente de convertir a otros a su propia forma de pensamiento. Querer convertir a otros a una forma distinta de vida puede ser un noble ideal. Pero ¿quién tiene el derecho o la autoridad para decidir cuál es la mejor forma de vida?

Este derecho le pertenece exclusivamente al Dios creador. Como nuestro Hacedor, él es el único que puede fijar los parámetros que debemos seguir si es que queremos vivir en paz y en armonía con todos.

EL PROPÓSITO DE DIOS

Dios desea fervientemente que nos convirtamos, que seamos uno de sus *convertidos*. No sólo quiere que *aprendamos*, sino que también *practiquemos* su forma de vida; quiere que nos comprometamos sincera y completamente con él. Si voluntariamente deseamos seguir sus instrucciones, él promete ayudarnos. Por medio de su Espíritu nos dará el poder para que sea una realidad lo que nos dice en Efesios 4:24: “*Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad*”. Su propósito es *convertirnos, convertirnos desde adentro, desde el corazón*.

Cuando alguien se dirigió a Jesucristo como “Maestro bueno”, él le respondió: “¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios” (Mateo 19:16-17). Lo que quiso decir Jesús fue que Dios es la única fuente de carácter justo, no que algún aspecto de su propio carácter no fuera bueno.

Si naturalmente no somos buenos, ¿cómo podemos llegar a ser justos a los ojos de Dios? Jesús nos da la respuesta: “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Marcos 2:17).

La Biblia explica por qué la humanidad necesita tan desesperadamente la sanidad espiritual. También explica cómo esta sanidad puede venir a nosotros. Revela los esfuerzos de Dios por sanar los defectos de carácter que generalmente definimos como naturaleza humana. Comienza mostrándonos cómo es que la humanidad se enfermó espiritualmente; termina con seres humanos sanados que heredarán la vida eterna como hijos de Dios.

En la Biblia encontramos detalles de cómo Dios ha decidido salvarnos de la enfermedad espiritual que nos ha plagado a lo largo de nuestra historia. Explica la fuente de nuestros problemas espirituales y de nuestra conducta errónea. Establece un contraste entre la naturaleza de Dios y la nuestra, y describe su plan para cambiar algunas de nuestras actitudes básicas y nuestras respuestas a las situaciones de la vida diaria. Nos revela el *propósito* de Dios —expresado en sus “preciosas y grandísimas promesas”— de que lleguemos a ser “participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4).

Dos factores fundamentales determinan todo lo que está mal en nuestra naturaleza humana. Primero es la debilidad

básica inherente a nuestros cuerpos y mentes. Nuestros pensamientos y emociones están ligados directamente con nuestros impulsos y deseos carnales. Nacimos con ellos, pero no nacimos ni con el *conocimiento* ni con el *poder* para manejarlos adecuadamente.

Segundo, con frecuencia nuestros impulsos y deseos naturales son afectados y aun manipulados por presiones externas. Las influencias adversas provienen de varias fuentes: familiares, educativas, recreativas, culturales y espirituales, por nombrar sólo algunas. Pero todas tienen algo en común: incitan nuestros instintos y deseos básicos.

Nuestros padres pueden enseñarnos un invaluable conocimiento espiritual, especialmente si su entendimiento se basa en los principios y caminos de Dios. Pero sólo nuestro Creador puede darnos el poder para manejar correctamente nuestros pensamientos y actitudes y resistir las tentaciones que nos acosan constantemente. Así, el proceso de convertirnos en justos es algo *milagroso* que requiere *la intervención directa y activa de Dios*.

Primero él nos llama y abre nuestro entendimiento para que podamos comprender lo que enseñan las Escrituras. Luego, comienza a cambiar nuestras vidas, *si es que* respondemos voluntariamente a su llamado y colaboramos con él.

¿QUÉ ES LA CONVERSIÓN?

La palabra *conversión*, tal como la usamos en los círculos religiosos, generalmente implica la aceptación de un sistema religioso de creencia. Pero el significado fundamental en la Biblia es “volverse”, por lo general, *volverse a Dios*.

Esto, desde luego, nos plantea una pregunta crucial: ¿De qué nos volvemos cuando nos volvemos a Dios? ¿Qué dejamos cuando nos convertimos? O en otras palabras, ¿por qué necesitamos convertirnos? ¿Qué es lo que nos separa de Dios en primera instancia?

El profeta Isaías nos da la respuesta: “He aquí que no se ha acortado la mano del Eterno para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero *vuestras iniquidades* han hecho di-

Recordatorio

Como hemos recomendado en lecciones anteriores, le exhortamos a que usted busque en su propia Biblia todas las referencias bíblicas que mencionamos pero que no citamos directamente en esta lección. Las incluimos para su propio beneficio, para que tenga un mayor entendimiento acerca de este tema tan importante. También puede profundizar más si busca directamente los pasajes bíblicos que citamos. Esto le ayudará a adquirir el hábito de estudiar cómo es que cada pasaje se utiliza en su contexto original. Si tiene preguntas que la lección no responde, no vacile en comunicarse con nosotros, ya sea por correspondencia o por correo electrónico. El personal de nuestras oficinas le contestará gustosamente sus interrogantes. □

visión entre vosotros y vuestro Dios, y *vuestros pecados* han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Isaías 59:1-2). El apóstol Juan agrega: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos . . .” (1 Juan 1:8). Para recibir las bendiciones y la ayuda de Dios, debemos volvernos a él reconociendo nuestros pecados y apartándonos de ellos.

Jesús le dijo al apóstol Pablo, al darle la comisión de ir a los gentiles: “para que abras sus ojos, para que se *conviertan* de las tinieblas a la luz, y de la *potestad de Satanás a Dios*; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hechos 26:18). Estas instrucciones nos dan un breve resumen de cómo los convertidos son agregados al cuerpo espiritual que es “la iglesia de Dios” (1 Corintios 1:2). Cada nuevo converso debe *abandonar* los caminos de Satanás y *seguir* los caminos de Dios. Cada uno debe aceptar y responder a los términos y condiciones de Dios para que sus pecados sean perdonados.

En esta lección examinaremos la forma en que nuestras vidas pueden *volverse a Dios*: el proceso de la verdadera *conversión*. Aprenderemos lo que Pedro quiso decir cuando les dijo a sus conciudadanos: “Así que, *arrepentíos y convertíos*, para que sean borrados vuestros pecados . . .” (Hechos 3:19). Examinaremos cómo, a partir del *arrepentimiento*, la persona recién convertida puede volverse de una vida de pecado para servir al Dios viviente.

¿QUÉ ES EL PECADO?

Empecemos esta lección examinando los aspectos del pecado a los que más comúnmente se refiere la Biblia. Al mismo tiempo, a fin de poder entender mejor la necesidad del *proceso de conversión*, aprenderemos *por qué* pecamos. Después procederemos a examinar otros aspectos del arrepentimiento, el bautismo y la conversión.

¿Cuál es la definición más directa del pecado que encontramos en la Biblia?

“Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley”
(1 Juan 3:4).

La ley de Dios define la diferencia entre el bien y el mal, entre el pecado y la justicia. Como Pablo lo explicó, “por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3:20).

¿Cuál es el meollo de la ley de Dios?

“Y [Dios] escribió en las tablas . . . los diez mandamientos que el Eterno os había hablado en el monte de en medio del fuego, el día de la asamblea; y me las dio el Eterno” (Deuteronomio 10:4).

Todos los mandamientos y otras leyes de las Escrituras están basados en los principios que se encuentran en el Decálogo, y éste a su vez está basado en *dos grandes principios de amor* que reflejan el carácter de Dios (Mateo 22:37-40; comparar con 1 Juan 4:8, 16; Romanos 13:9-10).

Cometer pecado es comportarse de una manera que no muestra amor por Dios o por el prójimo. Daña a otros, así como a nosotros mismos. (Si desea una explicación más de-

tallada acerca del daño que causa quebrantar los mandamientos de Dios, y los beneficios que podemos cosechar cuando los guardamos, no vacile en solicitarnos un ejemplar gratuito del folleto *Los Diez Mandamientos*; o si prefiere, puede descargarlo directamente de nuestro portal en Internet.)

Para llegar a ser convertidos, ¿qué es lo que tenemos que hacer primero?

“Mas el impío, si se apartare de todos sus pecados que hizo, y guardare todos mis estatutos e hiciere según el derecho y la justicia, de cierto vivirá; no morirá” (Ezequiel 18:21).

Para convertirnos —*volvemos* del pecado y recibir el perdón de Dios y su santo Espíritu— debemos *dejar* de transgredir sus leyes y empezar a cultivar el hábito de la justicia por medio de la obediencia. “Y cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; si él se convirtiere de su pecado, e *hiciere según el derecho y la justicia*, si el impío restituyere la prenda, devolviere lo que hubiere robado, y *camínare en los estatutos de la vida*, no haciendo iniquidad, vivirá ciertamente y no morirá. No se le recordará ninguno de sus pecados que había cometido; hizo según el derecho y la justicia; vivirá ciertamente” (Ezequiel 33:14-16).

¿Cuán extendido está el pecado?

“Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”
(Romanos 3:10-12; comparar con v. 23).

La Biblia dice que todos hemos cedido a los deseos y sentimientos egocéntricos de la naturaleza humana y hemos violado las leyes de Dios.

Analícemos ahora cómo la Biblia describe varios aspectos del pecado, y al mismo tiempo nos explica *por qué* pecamos.

¿Son más obvios algunos pecados que otros?

“Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios”
(Gálatas 5:19-21).

Casi cualquier persona entiende que un comportamiento extremadamente hostil, agresivo o desenfrenado es algo dañino. Pero no todos reconocen tan claramente cuál es el *origen* de semejante comportamiento. Por lo tanto, algunos aspectos del pecado no son tan obvios como aquellos que Pablo describe en su carta a los gálatas.

¿En dónde comienza el pecado?

“Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos . . .” (Mateo 15:18-19).

El pecado comienza *en la mente*; comienza con pensamientos, actitudes y deseos nocivos. Pablo nos dice que “todos nosotros vivimos en otro tiempo en *los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos*, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Efesios 2:3; comparar con Romanos 1:28-32; Gálatas 5:24; Colosenses 3:5-9).

¿Dio Jesús ejemplos claros de esa clase de pecados?

“Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego” (Mateo 5:22).

“Respondiendo él, les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí” (Marcos 7:6).

“Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:28).

La desobediencia a las leyes de Dios siempre comienza en la mente. Para ilustrar este principio Jesús citó los peligros de la ira, la hipocresía y la lujuria. El apóstol Pedro también entendió que el pecado es el producto del pensamiento corrompido. Cuando reprendió a Simón el mago, lo exhortó: “Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizá te sea perdonado *el pensamiento de tu corazón*” (Hechos 8:22; comparar con Salmos 81:11-13).

¿Es pecado obrar en contra de nuestra conciencia?

“Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida” (1 Timoteo 1:5).

“... Todo lo que no proviene de fe, es pecado” (Romanos 14:23).

Nuestra conciencia es simplemente lo que creemos que está bien o mal, ya sea cierto o no. Cuando obramos en contra de nuestra conciencia hacemos algo que pensamos que no deberíamos hacer, y así nos acomodamos a lo que pensamos que está mal. Pablo dice que hacer esto también es pecado.

Enfatizamos que nadie tiene discernimiento innato del bien y del mal. Como hemos visto en este curso, el verdadero entendimiento del bien y del mal proviene del conocimiento de la ley de Dios. Este conocimiento se convierte en parte de nuestra conciencia. Si actuamos de manera contraria a este conocimiento, bien sea en el espíritu o en la letra, pecamos. Pablo también nos advirtió: “Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, *teniendo cauterizada la conciencia*” (1 Timoteo 4:1-2). Si continuamos pecando después de conocer y entender la verdad, corremos el riesgo de “cauterizar” nuestra conciencia volviéndonos insensibles al pecado y endureciéndonos hacia Dios.

¿Es posible que pensemos que somos más justos de lo que somos?

“A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros . . .” (Lucas 18:9).

En la parábola que comienza en el versículo siguiente, Jesús describe a dos hombres, cada uno de los cuales se veía a sí mismo de una manera diferente. Jesús muestra lo fácil que es creerse justo cuando en realidad no lo es. “Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador” (vv. 10-13).

El fariseo, miembro de una respetada institución religiosa, guardaba los requerimientos *externos* de la ley. Parecía justo ante los demás, pero no captaba el propósito fundamental de las leyes de Dios: amar y respetar al prójimo. En su corazón aún despreciaba a otras personas. Señalaba su obediencia externa para exaltarse sobre los demás, en lugar de cultivar el amor genuino hacia ellos.

En cambio, el publicano, quien ejercía una profesión despreciada que era notoria por engañar a la gente, podía entender que era pecador. Vino delante de Dios arrepentido, buscando su misericordioso perdón de tal forma que pudiera comenzar una nueva vida. Jesús concluyó la parábola diciendo: “Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (v. 14). Sólo aquellos que se humillan lo suficientemente como para reconocer sus actitudes, deseos y motivos pecaminosos pueden encontrar el arrepentimiento verdadero. Aquellos que se consideran justos ante sus propios ojos seguirán espiritualmente ciegos.

NUESTRA PECAMINOSA NATURALEZA

¿Qué hay dentro de nosotros que nos lleva a pecar?

“Porque el ocuparse de la carne es muerte . . . Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:6-8; comparar con Tito 1:15; Isaías 55:7-8).

Como seres humanos, preferimos hacer las cosas a nuestra manera. A consecuencia de ello, fácilmente podemos adquirir, ya sea conscientemente o no, un resentimiento hacia la autoridad de Dios sobre nosotros (Colosenses 1:21). Esto es especialmente cierto cuando sus instrucciones nos prohíben hacer lo que queremos.

Es fácil, generalmente sin darnos cuenta, convertir estos resentimientos —nuestra hostilidad subyacente hacia lo que podemos percibir como una injerencia desconsiderada de Dios en nuestros asuntos— en una resistencia activa contra sus mandamientos. Simplemente comenzamos a hacer caso omiso de algunas de sus leyes o a reinterpretarlas de tal for-

ma que se ajusten a nuestra propia perspectiva. Así es cómo funciona nuestra *naturaleza pecaminosa*, más comúnmente llamada *naturaleza humana*. Estas actitudes erróneas comienzan en nuestra mente.

Generalmente nuestras actitudes de resentimiento o desobediencia pasan inadvertidas para nosotros hasta el punto en que nos engañamos diciéndonos que no existen. Jeremías comentó: “Nada hay tan engañoso y perverso como *el corazón humano*. ¿Quién es capaz de comprenderlo?” (Jeremías 17:9, Versión Popular). Fácilmente nos engañamos y creemos que no estamos haciendo nada malo. Esto es lo que las Escrituras nos dicen: “Cada hombre tiene ante sí un amplio y agradable camino que *parece bueno*, pero que *termina en muerte*” (Proverbios 14:12, La Biblia al Día). Nos cegamos ante la gravedad de nuestros propios pecados.

Cada uno de nosotros tiene que enfrentarse con el problema de una mente pecaminosa y engañosa. No hay excepciones. La resistencia a las instrucciones de Dios comienza en nuestros pensamientos y actitudes. Todos hemos pecado. Todos somos culpables.

¿Reconoció Pablo su naturaleza pecaminosa?

“Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí” (Romanos 7:14-17).

Pablo entendía muy bien su naturaleza humana y lo engañosa que podía ser. Siendo judío, desde niño se le había enseñado a hacer lo que era correcto. Era consecuente con la educación que había recibido. Sin embargo, cuando Jesucristo le abrió el entendimiento para que se viera a sí mismo

como era en realidad, reconoció que estaba engañado con respecto a su propia justicia. Podía ver que había pecado en muchas formas, tanto en acción como en actitud.

Así que concluyó: “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí” (vv. 18-21).

Pablo no se había propuesto pecar deliberadamente. Sin embargo, podía mirar hacia atrás en su vida y reconocer que muchas cosas que había hecho eran de verdad pecaminosas, aunque en aquel tiempo no había entendido que eran erróneas y contrarias a la voluntad de Dios. Al describir su ceguera ante sus propias acciones pecaminosas y su debilidad para resistir al pecado, también estaba describiendo a cada uno de nosotros.

¿Debemos reconocer nuestros pecados y afrontarlos?

“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros” (1 Juan 1:8-10; comparar con Santiago 1:13-15).

Una de nuestras grandes dificultades es reconocer que nuestras actitudes y acciones con frecuencia no son correctas a los ojos de Dios. Podemos convencernos que nuestros propios caminos son buenos y justos. Pero para convertirnos verdaderamente —volvemos a Dios con todo el corazón— debemos examinar cuidadosa y concienzudamente nuestros

Los conceptos bíblicos generales del pecado

Las palabras griegas y hebreas traducidas como *pecado* en la Biblia están enfocadas principalmente en dos conceptos. El primero es transgresión.

Transgredir significa “cruzar la línea, ir más allá de un límite o de una frontera”. Este concepto puede compararse con un jugador que tiene delimitado el campo en el cual puede jugar. Cuando se sale de las líneas que marcan el límite, comete una “falta” o “transgresión”. Los límites se marcan para definir el campo de juego, y los jugadores deben permanecer dentro de estos límites.

La mayoría de las otras palabras que se traducen como *pecado* en la Biblia tienen que ver con un segundo concepto, el de “no dar en el blanco”. Para usar nuevamente una analogía deportiva, si un jugador de baloncesto tira la pelota buscando encestar y no lo logra, ¿cuántos puntos obtendrá por ese tiro? Ninguno, porque falló y no dio en el blanco.

Esta perspectiva del pecado también incluye el hecho de que nosotros vamos en una dirección pero *nos salimos del curso delineado*. El resultado es que no llegamos a donde nos propusimos. Fallamos.

Este concepto también tiene que ver con la idea de “no dar la talla o no alcanzar la medida”. Por ejemplo, los cursos académicos y los exámenes se califican de acuerdo con normas mínimas.

Si no alcanzamos la norma, reprobamos el examen o el curso. Al “no alcanzar la medida requerida”, no pasamos.

Ambos conceptos, *transgredir* y *no dar en el blanco*, se basan en requisitos básicos. Si transgredimos, si pasamos los límites, entonces esto quiere decir que tenemos límites que podemos cruzar. Si fallamos y no damos en el blanco, esto quiere decir que tenemos por delante un blanco, un objetivo que debemos alcanzar. El pecado es, entonces, la transgresión de los límites que Dios ha fijado; es no dar en el blanco que Dios ha establecido.

Aquí es donde las definiciones bíblicas de pecado se vuelven tan importantes, porque estos pasajes bíblicos *definen los límites y las normas que Dios ha fijado para nosotros*. Definen el campo de juego en el que debemos vivir. También definen las metas que debemos tener, las normas mínimas que debemos alcanzar. En otras palabras, las definiciones bíblicas de pecado nos muestran las *normas* que Dios nos ha dado para definir lo que es *aceptable* para él y lo que *no* lo es. Nos muestran lo que da la medida y lo que no está a la altura de los principios fundamentales que Dios nos ha dado para que vivamos por ellos.

Las definiciones de pecado en la Biblia no son simples reglas arbitrarias. Más bien, nos muestran la forma en que Dios quiere que vivamos, los principios espirituales que reflejan su carácter santo y justo. □

verdaderos motivos. Debemos reconocer que todos somos susceptibles a deseos que encuentran cabida en nuestro pensamiento y nos incitan al pecado.

Jesús explicó que lo que es más importante para nosotros es lo que suele determinar nuestras acciones. Para dar un ejemplo habló acerca de la codicia: “Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Y oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él. Entonces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación” (Lucas 16:13-15).

Lo que más apreciamos determina la forma en que nos comportamos. Cuando nuestro juicio está errado tratamos de justificar nuestra perspectiva y comportamiento, engañándonos a nosotros mismos (Santiago 1:22-24).

¿Cuál es una forma común de autoengaño?

“Respondiendo él, les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres . . . Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición” (Marcos 7:6-9; comparar con Colosenses 2:8).

Las tradiciones que no están sólidamente afirmadas en los principios y las leyes de Dios, con frecuencia nos dan excusas para pecar. Ya que parece que todos los demás las practican, tendemos a preguntarnos: ¿Cómo pueden ellos estar equivocados?

Pero en muchas ocasiones sí están equivocados. Jesús mostró que las tradiciones religiosas más populares, que bien pueden tener apariencia justa, pueden realmente disimular el pecado. “Porque Dios mandó diciendo: Honra a tu

padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es mi ofrenda a Dios todo aquello con que pudiera ayudarte, ya no ha de honrar a su padre o a su madre. Así habéis invalidado el mandamiento de Dios *por vuestra tradición*” (Mateo 15:4-6).

Una de las razones por las cuales murió Jesucristo por nosotros fue para pagar la pena que merecíamos por seguir tradiciones contrarias a las Escrituras. El apóstol Pedro lo confirma: “Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de *vuestra vana manera de vivir*, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:17-19). Es importante que examinemos las tradiciones que seguimos para que estemos seguros de que no están en conflicto con la palabra de Dios.

CÓMO SOMOS TENTADOS

Además de los deseos de la carne, ¿qué es lo que más influye para tentarnos a pecar?

“Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo . . . ?” (Hechos 5:3).

“Y éstos son los de junto al camino: en quienes se siembra la palabra, pero después que la oyen, en seguida viene Satanás, y quita la palabra que se sembró en sus corazones” (Marcos 4:15).

“Porque ya algunas se han apartado en pos de Satanás” (1 Timoteo 5:15).

En algunas ocasiones las Escrituras se refieren a Satanás como el “tentador” (Mateo 4:3). Nos tienta muy hábilmente para que cedamos a nuestras debilidades y a nuestros deseos egoístas (Efesios 2:1-3).

Pablo advirtió a los cristianos, quienes ya se habían esca-

El papel del diablo en la religión

Las Escrituras revelan que el diablo, siendo “el dios de este siglo” (2 Corintios 4:4), ha logrado reunir un gran número de asistentes humanos. La mayoría son simplemente sus seguidores, pero muchos de esos seguidores son además maestros religiosos engañados.

Pablo explica la conexión que existe entre ellos y el diablo: “Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras” (2 Corintios 11:13-15).

Cegados por doctrinas erradas y tradiciones populares que han pasado de una generación a otra, estos falsos maestros son uno de los instrumentos más poderosos del engaño de Satanás. Los utiliza para hacer creer que sus caminos son los caminos de Dios y de esta forma desvía a las personas.

Algunos de estos maestros, y las instituciones a las cuales están asociados, obviamente promulgan conceptos que no se encuentran en la Biblia. En otras palabras, sus creencias tienen

un origen no bíblico o hasta pagano; no pretenden seguir las Sagradas Escrituras.

Pero además, hay muchas falsificaciones de la iglesia que Jesús estableció. Él mismo predijo que falsos maestros aparecerían y engañarían a “muchos” (Mateo 24:5, 11, 24). Este falso cristianismo comenzó durante el tiempo de los apóstoles de Cristo (Gálatas 1:6-7). Pedro advirtió a los cristianos fieles: “Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus *disoluciones*, por causa de las cuales el camino de la verdad será blasfemado” (2 Pedro 2:1-2).

El diablo desempeña un papel muy importante en las religiones de la humanidad. Sólo aquellos que le piden ayuda a Dios, a medida que estudian diligentemente la Biblia y comparan sus creencias con lo que en ella se enseña, pueden tener la esperanza de sobreponerse a los engaños tan comunes en las organizaciones y fraternidades religiosas de la actualidad. □

pado de la influencia de Satanás, que no volvieran a sujetarse a ella. Sabía que esto era un peligro muy real (2 Corintios 11:3). Escribió: “Por lo cual también yo, no pudiendo soportar más, envié para informarme de vuestra fe, no sea que os hubiese tentado *el tentador*, y que nuestro trabajo resultase en vano” (1 Tesalonicenses 3:5).

¿Cuál es una de las estrategias principales que Satanás utiliza para inducir a las personas a pecar?

“Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras” (2 Corintios 11:13-15).

Pocos entienden el alcance de la influencia de Satanás en las instituciones y prácticas religiosas del mundo. Ha tenido éxito al ofrecerles a las personas toda preferencia religiosa que uno se pueda imaginar. El resultado es la confusión religiosa. Sólo después de estudiar y seguir cuidadosamente las Escrituras (2 Timoteo 3:13-17) puede uno salirse de esta terrible confusión y engaño que vive el mundo. (No deje de leer el recuadro de la página 6: “El papel del diablo en la religión”).

Debido al engaño religioso tan difundido, es esencial que oremos a Dios para que nos ayude a entender correctamente su palabra y así poder arrepentirnos de nuestras transgresiones. Cuando deseamos cambiar nuestras vidas y de todo corazón rendir nuestra voluntad a Dios, él ha prometido escucharnos y responder. “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mateo 7:7-8). “Y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (1 Juan 3:22).

Dios utilizó al profeta Natán para reprender al rey David por haber cometido adulterio con Betsabé y por haber arreglado las cosas para que mataran a su esposo en la guerra (2 Samuel 12:7-9). David reconoció humildemente sus pecados y se arrepintió en oración delante de Dios. No deje de leer y meditar en la plegaria de arrepentimiento de David, que se encuentra en Salmos 51:1-3; 6-10. Dios preservó la oración de arrepentimiento de David para darnos un ejemplo de la actitud que debemos tener al pedirle perdón.

LA IMPORTANCIA DEL ARREPENTIMIENTO

Ya hemos aprendido que el arrepentimiento consiste en volvernos del pecado y rendir nuestras vidas a Dios. El arrepentimiento comienza con el llamado de Dios, cuando nos abre la mente para que podamos entender correctamente las Sagradas Escrituras. Luego debemos pedirle su ayuda y comenzar a estudiarlas para darnos cuenta de qué es lo que necesitamos cambiar. Hacemos esto al comparar nuestras creencias, conducta, tradiciones y pensamientos con la Santa Biblia. La palabra de Dios es el único parámetro confiable por el que podemos medir nuestras actitudes y comportamiento.

Es necesario que nos examinemos a nosotros mismos

para que nuestro arrepentimiento sea genuino, y eso puede tomar bastante tiempo, especialmente si no estamos familiarizados con las Escrituras. Veamos lo que la Biblia dice acerca del verdadero arrepentimiento y su importancia en nuestra relación con Dios.

¿Enfatizó Jesús la importancia del arrepentimiento?

“No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lucas 5:32).

“Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:14-15; comparar con Mateo 4:17).

Jesús enseñó que lo más importante para nosotros debe ser entrar en el Reino de Dios (Mateo 6:33). Desde el principio de su ministerio hizo énfasis en que el arrepentimiento es indispensable para alcanzar esta meta.

¿Predicaron el arrepentimiento los antiguos profetas de Dios?

“Y envió el Eterno a vosotros todos sus siervos los profetas, enviándoos desde temprano y sin cesar; pero no oísteis, ni inclinasteis vuestro oído para escuchar cuando decían: Volveos ahora de vuestro mal camino y de la maldad de vuestras obras . . .” (Jeremías 25:4-5).

¿Debe seguirse predicando este mismo mensaje al mundo entero?

“Y les dijo . . . era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos . . . Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lucas 24:44-47).

Las Escrituras muestran que desde el principio Dios ha enviado a sus siervos con el mismo mensaje: “Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina. Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo” (Ezequiel 18:30-31).

¿Debemos arrepentirnos todos?

“Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis . . .” (Lucas 13:3; comparar con Hechos 17:30 y 2 Pedro 3:9).

¡La vida eterna en el Reino de Dios sólo está disponible para aquellos que se arrepientan de sus pecados! No hay excepciones, porque “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

¿QUÉ ES EL ARREPENTIMIENTO?

¿Qué es lo que a los ojos de Dios demuestra que nuestro arrepentimiento es genuino?

“Y [Juan el Bautista] decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: ¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento . . . todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego” (Lucas 3:7-9).

“Sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento” (Hechos 26:20).

El arrepentimiento genuino produce un cambio en nuestra forma de vida, aun la forma en que pensamos. Aquellos que dicen que se arrepienten, pero no producen “frutos dignos de arrepentimiento” (Mateo 3:8), se engañan a sí mismos. “Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan . . .” (Tito 1:16). “Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace” (Santiago 1:23-25).

¿Cuál es la actitud de una persona que se ha arrepentido verdaderamente?

“Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lucas 18:13).

“De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:5-6).

El verdadero arrepentimiento es algo más que sólo reconocer que hemos estado errados. Aun el deseo de obrar mal debe volverse algo repugnante para nosotros. Dios quiere que aborrezcamos el mal (Proverbios 8:13), especialmente el mal que hemos llegado a reconocer en nosotros.

Debemos desear con todas las fuerzas que Dios cambie nuestros corazones. Al igual que el antiguo rey David, debemos pedirle a Dios que cree en nosotros un corazón limpio y un espíritu recto (Salmos 51:10). Debemos vernos como pecadores y sentir genuino remordimiento. Debemos reconocer que nuestros pecados se originan en los pensamientos, con frecuencia motivados por orgullo y egoísmo, ira y celos, o lujuria y codicia, es decir, por nuestra naturaleza humana.

¿Confirmó Jesús que el pecado comienza en el corazón?

“Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (Marcos 7:21-23).

Algunas de estas características propias de la naturaleza

humana pueden resaltar más que otras. Sin embargo, si le pedimos a Dios sinceramente que abra nuestros ojos para vernos como somos, podremos reconocer en nosotros muchas actitudes y comportamientos que las Escrituras definen como pecaminosos. Luego, debemos ir a Dios en oración, pidiéndole el poder que necesitamos para volvernos de esos caminos y reemplazarlos con su naturaleza y su carácter tal como están definidos en las Sagradas Escrituras.

¿Incluye el arrepentimiento un cambio en nuestra actitud hacia los pecados que otros cometen en contra nuestra?

“Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas. Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas” (Marcos 11:25-26).

“Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale” (Lucas 17:3-4).

Debido a que las leyes de Dios están basadas en amarlo a él y amar a los demás como nos amamos a nosotros mismos (Marcos 12:30-31), el perdonar a otros es una parte importante de nuestro arrepentimiento. Jesús enseñó: “Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian” (Lucas 6:27-28).

¿POR QUÉ NECESITAMOS EL BAUTISMO?

¿Qué parte del proceso de conversión sigue al arrepentimiento?

“Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38).

“Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hechos 22:16).

Por medio del bautismo hacemos un compromiso formal de volvernos permanentemente del pecado y rendir nuestras vidas a Dios.

¿Bautizaron Jesús y los apóstoles a aquellos que se arrepintieron?

“Cuando, pues, el Señor entendió que los fariseos habían oído decir: Jesús hace y bautiza más discípulos que Juan . . . salió de Judea, y se fue otra vez a Galilea” (Juan 4:1-3).

“. . . Y muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados” (Hechos 18:8).

¿Quiere Jesús que sus siervos continúen bautizando nuevos discípulos?

“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda

potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:18-20).

Jesús les *mandó* a sus discípulos que continuaran bautizando después de su muerte y resurrección. Prometió que estaría con ellos hasta el fin de la era, el cual todavía no ha llegado. Por lo tanto, su promesa muestra que él pretendía que el bautismo fuera una parte de las responsabilidades de sus seguidores en todas las épocas, incluida la nuestra.

¿Por qué es tan importante el bautismo?

“El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (Marcos 16:16).

El bautismo está directamente relacionado con el perdón de nuestros pecados y el don de la salvación. Por medio de su muerte, Jesucristo pagó la pena (Romanos 6:23) de nuestros pecados. En la cena de la Pascua antes de su crucifixión, Jesús bendijo una copa de vino y les dijo a sus discípulos: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mateo 26:28).

Pablo explicó que “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Romanos 5:8-9). También escribió: “Palabra fiel es esta: *Si somos muertos con él, también viviremos con él*” (2 Timoteo 2:11).

¿Cómo podemos morir con Cristo?

“¿O no sabéis que todos lo que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?” (Romanos 6:3).

El bautismo es una ceremonia simbólica de *sepultura* —ordenada por Jesús mismo— por medio de la cual nos unimos simbólicamente con él en su muerte, la cual fue el sacrificio por nuestros pecados. Pablo escribió: “Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que

Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:3-4).

Además explicó: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados [considerados libres de pecado] *gratuitamente* por su gracia, *mediante la redención que es en Cristo Jesús*, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre . . .” (Romanos 3:23-25).

Con la ceremonia del bautismo nosotros nos unimos simbólicamente con Cristo en su muerte. “Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:5-6).

¿Qué responsabilidad adquirimos con el bautismo?

“Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:4).

“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (vv. 11-13).

El bautismo simboliza el fin de una vida de pecado habitual y el comienzo de una nueva vida dedicada a la justicia. “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros

Otros bautismos

Cuando Juan el Bautista habló acerca del bautismo en Espíritu Santo y fuego, ¿qué quiso decir realmente? Veamos las palabras exactas de Juan: “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará” (Mateo 3:11-12).

La palabra *bautizar* significa “poner dentro de” o “sumergir”. Juan bautizaba en agua, sumergiendo a las personas en el río Jordán. Pero estaba declarando que Jesucristo iría más allá de lo que él estaba haciendo, e inmediatamente explicó su referencia al bautismo en fuego. Aquellos que rehúsen arrepentirse deben considerarse como la “paja” que al final de los tiempos va a ser lanzada al lago de fuego (Apocalipsis 20:15).

Jesús mismo explicó el bautismo con el Espíritu Santo. Les dijo a los discípulos que “Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hechos 1:5). Esto se cumplió unos pocos días después, en la Fiesta de Pentecostés, cuando los discípulos “fueron todos llenos del Espíritu Santo” (Hechos 2:1-4).

¿Qué quiso decir Pablo cuando escribió: “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo”? (1 Corintios 12:13). Más adelante explicó: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular” (v. 27). Este cuerpo se identifica específicamente como “la iglesia del Señor” (Hechos 20:28). Quien recibe el Espíritu Santo, inmediatamente es “puesto dentro” y hecho miembro del “cuerpo de Cristo”, la Iglesia de Dios. (Si desea profundizar más en este tema, le recomendamos que lea nuestro folleto gratuito *El camino hacia la vida eterna.*) □

para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:11-14).

¿Incluye esta responsabilidad el vivir una vida de obediencia?

“Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4).

“Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29; comparar con 2 Corintios 10:3-5).

Las enseñanzas de la Biblia —tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo— se convierten en nuestra guía de vida. El Nuevo Testamento explica cómo debemos aplicar las enseñanzas del Antiguo Testamento bajo el nuevo pacto. El énfasis del nuevo pacto es la adecuada aplicación del espíritu —la intención— de las leyes de Dios.

Ya no podemos vivir como queremos, rechazando o haciendo caso omiso de las instrucciones de Dios. Jesús lo explicó claramente: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, *hacedores de maldad*” (Mateo 7:21-23). ¡Debemos vivir conforme a la ley, no sin ella!

¿Por qué fue bautizado Jesús?

“Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él. Mas Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó” (Mateo 3:13-15).

“Aconteció en aquellos días, que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán” (Marcos 1:9).

Jesús nació para ser un ejemplo perfecto para nosotros como ser humano. Aunque nunca pecó y no necesitaba ser perdonado, fue bautizado para mostrarnos el ejemplo que debíamos seguir. De la misma forma en que él fue bautizado, nosotros también debemos serlo. Nos mostró personalmente que el bautismo es la forma que estableció para que nos unamos con él en su muerte para que nuestros pecados puedan ser perdonados.

¿Deben bautizarse los niños?

“... Y muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados” (Hechos 18:8).

“Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados” (Hechos 2:41).

“Pero cuando creyeron... se bautizaban hombres y mujeres” (Hechos 8:12).

El bautismo es para aquellos que sean lo suficientemente maduros como para comprender y creer en el significado del arrepentimiento y del bautismo. Con raras excepciones

de algunos en sus últimos años de adolescencia, la mayoría de los niños no tienen la edad suficiente para analizar por qué pecan. Simplemente no son lo suficientemente maduros como para entender su propia naturaleza y qué es lo que hay errado en ella.

Los niños son muy especiales para Dios. Jesús tomó niños pequeños en sus brazos y los bendijo (Marcos 10:13-16). Pero cada vez que se menciona específicamente el bautismo en la Biblia, vemos que los que se bautizaban eran aquellos con edad y madurez suficientes para entender el arrepentimiento, el bautismo y la seriedad del compromiso que todo esto implica. Sólo deben ser bautizados aquellos que son lo suficientemente maduros como para producir los frutos del verdadero arrepentimiento.

¿Hay ocasiones en que es necesario rebautizar a los adultos?

“Entonces dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Ellos dijeron: En el bautismo de Juan. Dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo. Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús” (Hechos 19:3-5).

Aunque estas personas habían sido bautizadas por inmersión según el bautismo de Juan el Bautista, no habían recibido el Espíritu Santo (v. 2). Sólo aquellos que reciben el Espíritu Santo son discípulos convertidos de Cristo (Romanos 8:9). Pablo los rebautizó en el nombre de Jesucristo para que pudieran recibir el Espíritu Santo.

Hoy, muchas personas que han sido bautizadas nunca han entendido lo que es el pecado y por qué se requiere el arrepentimiento verdadero. Ellas también necesitan ser rebautizadas para recibir el Espíritu de Dios y ser convertidas.

¿Cómo debemos ser bautizados?

“Juan bautizaba también en Enón, junto a Salim, porque había allí muchas aguas; y venían, y eran bautizados” (Juan 3:23).

“Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él” (Mateo 3:16).

Vemos que Juan el Bautista escogió un lugar en el que había mucha agua para bautizar a las personas que venían a él. Y Jesús “subió del agua” después de haber sido bautizado. ¿Por qué es importante esto? La palabra griega *baptizo* significa “sumergir”, “meter dentro”.

Jesús fue bautizado en un lugar donde había “muchas aguas” y al ser sumergido completamente nos dejó un ejemplo de cómo debe efectuarse el bautismo. Todos los ejemplos de bautismos hechos por los discípulos de Cristo que aparecen en las Escrituras siguen este patrón. Por ejemplo, en Hechos 8:38 leemos que “descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó”. No hay ejemplo bíblico de otra forma de bautismo en agua.

El simbolismo del bautismo —la sepultura del antiguo yo— requiere una ceremonia que represente una verdade-

ra sepultura. Sólo la inmersión llena los requisitos de este simbolismo. Por lo tanto, para seguir el ejemplo de nuestro Salvador, también debemos ser sumergidos completamente en agua al ser bautizados, simbolizando con ello que estamos *sepultando* nuestro viejo yo con él en una tumba de agua.

LA GRACIA Y EL PERDÓN DE DIOS

Ya que Dios perdona nuestros pecados en el bautismo, necesitamos valorar su gran perdón. Además, necesitamos entender que ese perdón nos impone ciertas obligaciones. También necesitamos entender que algunos maestros religiosos, afirmando representar a Cristo, con frecuencia malinterpretan y abusan de la misericordia y el perdón de Dios.

En las Escrituras, con frecuencia el perdón de Dios está asociado directamente con la palabra *gracia*, que se refiere al favor inmerecido que recibimos de Dios. La gracia también está relacionada estrechamente con la palabra *regalo*. Por lo general, se refiere a un favor o don inmerecido, tal como el regalo inmerecido del perdón y la vida eterna que recibimos de Dios. Es fundamental que entendamos el significado real y el propósito del perdón y de la gracia de Dios. Los dos conceptos están estrechamente relacionados en las Escrituras y ambos son cruciales para nuestra salvación.

Sin embargo, muchos maestros religiosos malinterpretan o falsean la gracia de Dios.

¿Cómo se malinterpreta o falsea la gracia de Dios?

“Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo” (Judas 4).

Aun en la época de los apóstoles de Cristo, “falsos apóstoles” (2 Corintios 11:13) empezaron a malinterpretar astutamente las Escrituras y las enseñanzas de Jesús. Tergiversaban la gracia de Dios —especialmente en los escritos de Pablo (2 Pedro 3:15-16)— y la tomaban como un permiso para hacer a un lado las leyes de Dios. Esta forma de torcer las Escrituras, que aún continúa en los círculos religiosos, no es más que *permiso para pecar*.

¿Qué ofrecen tales maestros en vez de la ley de Dios?

“Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencia de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error. Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció” (2 Pedro 2:18-19).

Una falsa libertad —libertad de las leyes y la autoridad de Dios— siempre ha sido la meta real de los falsos maestros. Pedro habla acerca de maestros que enseñan conceptos torcidos de libertad, “aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío” (v. 10).

En efecto, han tergiversado la gracia de Dios presentándola como independencia de su ley, la verdadera ley que define el pecado. Abogan por una forma de *libertad* —una

liberación de cualquier obligación de obedecer los mandamientos de Dios— que no aparece en la Biblia. Se rigen por su naturaleza humana, los designios de la *carne*, que según Pablo “no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7).

Sin embargo, ellos han tenido bastante éxito al convencer a gran parte de la cristiandad que la gracia de Dios respalda su concepto falso. Debemos ser muy cuidadosos y no permitir que nos convenza ninguna enseñanza que convierte la gracia en libertinaje.

¿Cómo describe Pablo a aquellos que aceptan esta forma engañosa de libertad?

“Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno” (2 Pedro 2:20-22).

¿Qué clase de libertad enseña realmente la Biblia?

“Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna” (Romanos 6:22).

“Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad” (Santiago 2:12).

“Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace” (Santiago 1:25).

Actualmente es popular la enseñanza de que lo *único* que necesitamos para recibir el perdón y la salvación es la fe. Pero según las Escrituras, hemos sido “libertados del pecado” para que podamos ser “siervos de Dios”. Debemos ser “hacedores de la obra”. Así que examinemos lo que las Escrituras enseñan realmente acerca de la relación entre la fe, las obras y la obediencia a Dios.

¿Revelan las Escrituras que la fe debe estar acompañada de obras?

“Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Santiago 2:17).

Santiago explica muy claramente por qué *la fe sin obras* (acciones que demuestren que en verdad le creemos a Dios) está “muerta”: totalmente inútil. “¿Mas quieres saber, hombre vano, que *la fe sin obras es muerta*? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios. Vo-

sotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe . . . Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta” (Santiago 2:20-26).

Lo que Santiago enseñó es que nuestras acciones demuestran si nuestra fe es genuina. Abraham probó que su fe era auténtica por lo que hizo. Santiago explicó que necesitamos seguir el ejemplo de Abraham.

Pablo concluyó un análisis de la importancia de la fe diciendo enfáticamente: “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que *confirmamos la ley*” (Romanos 3:31). Tanto la fe como la ley de Dios son componentes fundamentales del arrepentimiento y del proceso de la conversión.

¿POR QUÉ DEBEMOS SER RECONCILIADOS CON DIOS?

¿Cómo ha afectado el pecado nuestra relación con Dios?

“He aquí que no se ha acertado la mano del Eterno para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Isaías 59:1-2).

¿Cómo se resuelve el problema de nuestra separación de Dios?

“Buscad al Eterno mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Eterno, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isaías 55:6-7).

¿Cómo podemos ser reconciliados con Dios?

“Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación” (Romanos 5:9-11; comparar con 2 Corintios 5:18-20).

¿Espera Dios que después de nuestra reconciliación con él nos esforcemos para ser irreprochables?

“Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído . . .” (Colosenses 1:21-23).

Aquellos que han sido reconciliados con Dios mediante la fe en el sacrificio de Cristo deben continuar viviendo “en la fe”, esto es, en armonía con las creencias fundamentales

que nos enseña *toda* palabra de Dios (Mateo 4:4).

¿Qué pecados son cubiertos por la sangre de Cristo?

“Siendo [los creyentes] justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Romanos 3:24-25).

Cuando somos bautizados Dios perdona nuestros pecados pasados —pecados cometidos anteriormente— de los cuales nos hemos arrepentimos y hemos dejado de practicar. Pero su gracia y misericordia no nos dan permiso para seguir pecando. Veamos cómo Pablo comienza su explicación acerca del bautismo: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 6:1-2).

Jesús murió para pagar por nuestros pecados y conducirnos al arrepentimiento. Él nunca quiso que tergiversáramos la gracia y misericordia creyendo que podíamos rechazar las enseñanzas fundamentales que Dios reveló en las Escrituras aun antes de que él naciera. En lugar de ello enseñó, como lo hemos leído ya, que “no sólo de pan vivirá el hombre, sino de *toda* palabra de Dios” (Lucas 4:4).

¿Por qué necesitamos la gracia de Dios?

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:8-10).

Nada podemos hacer para ganarnos el perdón y la salvación. Ambos son dones de Dios. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha *dado* a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea *salvo* por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:16-18).

¿Es necesario creer en la gracia de Dios, representada en el sacrificio de Cristo, para recibir el perdón?

“. . . Fuisteis . . . sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados” (Colosenses 2:11-13).

“Por lo cual asimismo oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder, para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, por

la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo” (2 Tesalonicenses 1:11-12).

Nuestra fe en el perdón de Dios, ¿debe afectar nuestra conciencia?

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura” (Hebreos 10:19-22).

Cuando nuestro “viejo hombre” es sepultado por medio del bautismo, Dios quiere que dejemos los sentimientos de culpa por los pecados pasados. Quiere que encaremos el futuro con la confianza de que nuestros pecados han sido perdonados por él. Debemos comenzar una nueva vida sin torturarnos por el pasado.

Pablo describe la actitud que Dios quiere que tengamos, la de una *conciencia limpia*. “Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: *olvidando ciertamente lo que queda atrás*, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sentimos . . .” (Filipenses 3:13-15).

¿ES IMPORTANTE NUESTRA CONCIENCIA?

Después de ser bautizados, ¿debemos esforzarnos por mantener limpia nuestra conciencia?

“Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida” (1 Timoteo 1:5).

“Por lo cual es necesario estarle sujetos, no

solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia” (Romanos 13:5).

“Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente” (1 Pedro 2:19).

¿Nos perdonará Dios si pecamos después del bautismo?

“Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:1-2; comparar con 1 Juan 1:7-9).

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

Debemos esforzarnos con toda diligencia para no pecar, especialmente después de haber sido bautizados. Pero todavía no somos seres perfectos. Como Pablo lo expresó: “Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado . . .” (Filipenses 3:13). Por lo tanto, cuando nos arrepentimos genuinamente de los pecados que cometemos después del bautismo, Dios nos perdona de la misma forma en que lo hace en el momento del bautismo.

La clave está en la actitud arrepentida de corazón. Después de haber reprendido a los miembros de la iglesia de Corinto por ciertas actitudes erróneas (1 Corintios 3:1-4), Pablo los alabó por haberse arrepentido: “Porque aunque os contristé con la carta, no me pesa, aunque entonces lo lamenté; porque veo que aquella carta, aunque por algún tiempo, os contristó. Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque *fuisteis contristados para arrepentimiento*; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padecieseis por nuestra parte. Porque la tristeza que es

Un conmovedor ejemplo de fe

En el libro de Daniel encontramos un fascinante ejemplo de cómo Dios ayudó a algunos de sus siervos fieles en un momento de crisis. Tres jóvenes judíos cautivos recibieron la orden de postrarse delante de un ídolo construido por el rey de Babilonia, con la amenaza de que si no lo hacían, serían muertos. Su situación no podría haber sido peor. Sin embargo, su compromiso con Dios era inquebrantable. Ellos creían en su promesa de ayudarles; confiaban en él.

Veamos lo que le respondieron al rey: “Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo: No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (Daniel 3:16-18).

El rey cumplió la amenaza que les había hecho y mandó arrojarlos al fuego. Pero Dios milagrosamente conservó sus vidas. Para su sorpresa el rey los vio paseándose en medio del fuego y les ordenó que salieran del horno (vv. 25-26). “Y se juntaron los sátrapas, los gobernadores, los capitanes y los consejeros del rey, para mirar a estos varones, cómo el fuego no había tenido

poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían. Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, y que no cumplieron el edicto del rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios” (vv. 27-28).

Este y otros ejemplos bíblicos del amor de Dios y su fidelidad están preservados en las Escrituras para darnos el valor y la fe para creer en que él puede ayudarnos en las circunstancias difíciles que puedan surgir en nuestras vidas. Estos jóvenes no sabían si Dios iba a intervenir o no para salvarlos. Sin embargo, estaban decididos a permanecerle fieles a pesar de las consecuencias. Su impresionante ejemplo de fiel obediencia es una inspiración para nosotros en la actualidad.

Si ponemos siempre a Dios primero, él ha prometido no abandonarnos nunca. Sin importar la forma en que decida intervenir a favor nuestro, él nos ha dicho: “No te desampararé, ni te dejaré, de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre” (Hebreos 13:5-6). □

según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte. Porque he aquí, esto mismo de que *hayáis sido contristados según Dios*, ¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, que indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto” (2 Corintios 7:8-11).

¿Cuán grandes son la misericordia y el perdón de Dios?

“Venid luego, dice el Eterno, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18).

“Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia para con todos los que te invocan” (Salmos 86:5).

El rey David oró: “De los pecados de mi juventud, y de mis rebeliones, no te acuerdes; conforme a tu misericordia acuérdate de mí, por tu bondad, oh Eterno” (Salmos 25:7).

También escribió: “Bendice, alma mía, al Eterno, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias” (Salmos 103:2-4).

Continuó diciendo: “Misericordioso y clemente es el Eterno, lento para la ira, y grande en misericordia. No contendrá para siempre, ni para siempre guardará el enojo. No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones” (vv. 8-12).

“Como el padre se compadece de los hijos, se compadece el Eterno de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo. El hombre, como la hierba son sus días; florece como la flor del campo, que pasó el viento por ella, y pereció, y su lugar no la conocerá más. Mas la misericordia del Eterno es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen, y su justicia sobre los hijos de los hijos; sobre los que guardan su pacto, y los que se acuerdan de sus mandamientos para ponerlos por obra” (vv. 13-18).

La misericordia de Dios es tan grande que todos nosotros deberíamos poder decir: “Alabad al Eterno, porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia” (Salmos 118:1).

FE, ELECCIÓN Y COMPROMISO

Después de habernos arrepentido y bautizado, ¿cuál debe ser nuestra prioridad absoluta?

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia . . .” (Mateo 6:33).

“No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éxodo 20:3).

“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24).

Dios quiere que por encima de todo lo obedezcamos a él y busquemos su justicia y su reino. Nuestro compromiso de servirlo con todo el corazón, sin embargo, puede plantearnos decisiones difíciles. Pablo lo explica: “Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Timoteo 3:12). Es necesario, por tanto, que evaluemos anticipadamente cuán fuerte es nuestro compromiso con Dios, a fin de que estemos preparados para tomar las decisiones que va a requerir de nosotros.

¿Cuán importantes son nuestras decisiones?

En la parábola del sembrador y la semilla, Jesús ilustra las diferentes decisiones que las personas toman cuando la palabra de Dios les es explicada. En esta parábola cada participante escucha “la palabra del reino”, pero cada uno reacciona de una manera diferente ante lo que oye. Podemos leer esta parábola en el capítulo 13 de Mateo. Jesús primero relata la parábola y después da el significado.

Primero explica la respuesta de alguien que todavía no ha sido llamado por Dios. “Cuando alguno oye la palabra del reino y *no la entiende*, viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino” (Mateo 13:19). Esta persona nunca entiende lo que oye.

Después, Jesús explica las tres respuestas diferentes de aquellos que entienden su mensaje, aquellos que Dios ha llamado. Dios abre sus mentes al entendimiento de su mensaje. Los tres comprenden el significado del mensaje de Jesús, pero cada uno responde de una manera diferente y por razones diferentes.

“Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza” (vv. 20-21). Su primera respuesta es de una aceptación gozosa, pero su entusiasmo se apaga pronto. ¿Por qué? Por su reacción

ante la presión de otros. A éste le importa más complacer a las personas que complacer a Dios. Para él es más importante actuar conforme a las costumbres y expectativas de su familia, sus amigos y la sociedad, que servir a Dios. Se derrumba ante la presión y finalmente *rechaza* el llamamiento de Dios.

“El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa” (v. 22). Éste es diferente en ciertos aspectos. No está tan interesado en la opinión de los demás, pero al igual que el anterior, rehúsa poner a Dios primero en su vida. Se distrae con otras cosas. Satisfacer sus necesidades personales y mantener su nivel socioeconómico es algo que consume su interés, su tiempo, su energía. También está muy ocupado tratando de servir a sí mismo. No tiene tiempo libre para Dios, y así, por simple descuido, también rechaza el llamamiento de Dios.

“Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y *entiende* la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno” (v. 23). Esta persona no sólo entiende la palabra de Dios, sino que la toma en serio. La pone en práctica. ¡Cambia su vida! De todos los ejemplos de esta parábola, sólo esta persona es *escogida* para salvación. Pone a Dios primero que todo lo demás en su vida. Hace un compromiso con Dios y lo mantiene. ¿Seguiremos su ejemplo? □

¿Promete Dios ayudar a quienes confíen en él cuando se enfrenten a decisiones difíciles?

“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13).

Dios nos dice: “Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le librará el Eterno” (Salmos 34:19). (Si desea leer un ejemplo sobresaliente de cómo Dios liberó a unos siervos suyos en un momento de crisis, ver el recuadro “Un conmovedor ejemplo de fe”, en la página 13.)

¿Cómo responde Dios a los que se niegan a confiar en él?

“Por cuanto aborrecieron la sabiduría, y no escogieron el temor del Eterno, ni quisieron mi consejo, y menospreciaron toda reprensión mía, comerán del fruto de su camino, y serán hastiados de sus propios consejos . . . mas el que me oyere, habitará confiadamente y vivirá tranquilo, sin temor del mal” (Proverbios 1:29-33).

Nuestro compromiso con Dios es necesario (Marcos 8:34-38). Él nos dice: “. . . pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra” (Isaías 66:2). La forma en que nos responda dependerá en gran parte de si confiamos en él o no, si nuestra fe en él es algo sólido o no. (No deje de leer el recuadro “¿Cuán importantes son nuestras decisiones?”, en la página 14.)

POR QUÉ NECESITAMOS EL ESPÍRITU SANTO

¿Podemos, con nuestras propias fuerzas, mantener nuestro compromiso con Dios?

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8).

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. Sus discípulos, oyendo esto, se asombraron en gran manera, diciendo: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Y mirándolos Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible” (Mateo 19:23-26).

Al bautizarnos entregamos nuestra vida a Dios. Pero dentro de nosotros mismos no tenemos el poder ni la fe para mantener este compromiso como deberíamos. Necesitamos desesperadamente el poder divino que nos ayude a cumplir con el maravilloso llamado de Dios. Esa fuerza viene como un regalo de Dios.

¿Cómo nos fortalece Dios?

“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo . . .” (Hechos 1:8).

Pablo explicó: “. . . Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses

2:13). También escribió, con gran confianza: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13).

Al igual que el bautismo, ¿es la recepción del Espíritu Santo parte necesaria de la conversión?

“Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38).

“Jesús le contestó:

—Te aseguro que el que no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de padres humanos, es humano; lo que nace del Espíritu, es espíritu” (Juan 3:5-6, Versión Popular).

¿Cómo y cuándo da Dios su Espíritu?

“Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo . . . Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo” (Hechos 8:14-17).

Las Escrituras nos muestran, con ejemplos, que Dios normalmente da el Espíritu Santo a aquellos que son bautizados por verdaderos ministros de Cristo cuando éstos oran a Dios al imponer sus manos sobre ellos (Hechos 8:14-17; 19:5-6). En Hebreos 6:1-2 “la imposición de manos” figura en la lista de “los rudimentos de la doctrina de Cristo”, lo que nos muestra que es algo que todavía debemos practicar.

¿CUÁNDO DEBEMOS SER BAUTIZADOS?

¿Cuánto se demoró Pablo para ser bautizado después de que Dios lo llamó?

“Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hechos 22:16).

Después de que Cristo se le apareció a Pablo por el camino a Damasco, le envió a un hombre llamado Ananías, quien pronunció estas palabras para que Pablo recuperara la vista, se bautizara y fuera lleno del Espíritu Santo (Hechos 9:17-18). Pablo fue bautizado inmediatamente.

Algunas veces las personas retrasan el bautismo porque piensan que primero deben ser perfectos. Otros piensan que todavía no saben lo suficiente. Pero estos razonamientos son incorrectos. Las Escrituras contienen varios ejemplos de personas que, cuando se les expuso la verdad de Dios, comprendieron su necesidad de ser bautizadas inmediatamente (Hechos 2:41; 8:12, 26-38; 16:30-33; 18:8).

Ser bautizados y recibir el Espíritu Santo implican el comienzo de una nueva vida en Cristo. Cuando nos hemos arrepentido, debemos pedir el bautismo tan pronto como nos sea posible. Cuando entendemos que debemos cambiar nuestra antigua manera de vivir y sinceramente queremos hacerlo, necesitamos la ayuda de Dios para seguir adelante. Recibimos esta ayuda cuando nos bautizamos y él nos da de su Espíritu.

¿Con quién debemos consultar acerca del bautismo?

“¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? . . .” (Romanos 10:14-15).

Debido a que el bautismo es una de las cosas más importantes que podemos hacer en esta vida, debemos estar seguros de consultar con un ministro que sea verdaderamente “enviado” por Dios, un ministro que enseñe fielmente y practique la obediencia a todos los mandamientos de Dios, y entienda correctamente lo que las Escrituras enseñan.

¿QUÉ SIGUE?

El propósito de esta lección no es abarcar todo lo que Dios hace por nosotros por medio de su Espíritu. Sin embargo, en la próxima lección examinaremos cómo Dios, por medio de su santo Espíritu, obra en aquellos que se han arrepentido y han sido bautizados, para *transformar* su carácter hasta que llegue a reflejar su propio carácter santo y justo. Examinaremos los detalles de cómo Dios continúa el proceso de la conversión después del bautismo, creando en sus siervos su propia *naturaleza divina*.

Mientras tanto, le recomendamos que se tome el tiempo necesario para estudiar cuidadosamente el Evangelio de Lucas. Este relato de las buenas noticias de Jesucristo está especialmente enfocado en sus enseñanzas acerca del arrepentimiento y la conversión. Le sugerimos además que empiece cada período de estudio con oración. Pídale a Dios que le dé entendimiento. Pídale que lo ayude a aplicar en su vida lo que está leyendo. Después de terminar de estudiar el Evangelio de Lucas, le recomendamos que vuelva a revisar lo que hemos estudiado en esta lección.

Si usted desea consultar algo personalmente, con mucho gusto le informaremos sobre cómo comunicarse con un ministro de Jesucristo que viva cerca de usted. Todos los ministros que recomendamos guardan los mandamientos de Dios y están debidamente preparados en cuanto al conocimiento y entendimiento de la Biblia. Usted puede solicitar una entrevista con uno de ellos, sin costo y sin compromiso alguno de su parte.

Si desea más información acerca de los temas que estudiamos en esta lección, no vacile en solicitarnos las siguientes publicaciones. O si prefiere, puede descargarlas

directamente de nuestro portal en Internet.

Nuestro asombroso potencial humano

El camino hacia la vida eterna

Los Diez Mandamientos

Usted puede tener una fe viva

La iglesia que edificó Jesucristo

Transforme su vida: La verdadera conversión cristiana

Todas nuestras publicaciones se distribuyen sin costo alguno a quienes las soliciten. □

Temas de reflexión

El propósito de estas preguntas es estimularle a reflexionar acerca de los conceptos expuestos en esta lección y ayudarle a aplicarlos en su vida personal. Le sugerimos que tome el tiempo para escribir sus respuestas a estas preguntas y luego las compare con los pasajes bíblicos indicados. Por favor siéntase con la libertad de hacernos cualesquier comentarios, sugerencias o preguntas que pueda tener.

- ¿Cómo define la Biblia el pecado, y cuán extendido está? (1 Juan 3:4; Deuteronomio 10:4; Mateo 22:37-40; Romanos 3:10-12, 20, 23).

- ¿Son algunos pecados obvios, en tanto que otros están escondidos en nuestro interior? (Gálatas 5:19-21; Marcos 7:20-23; 1 Timoteo 5:24).

- ¿Qué hay dentro de nosotros que nos lleva a pecar? ¿Qué debemos hacer para luchar y vencer la tendencia de engañarnos a nosotros mismos? (Romanos 8:6-8; Jeremías 17:9; Proverbios 14:12; 1 Juan 1:8-10).

- ¿Qué influencias externas a nosotros nos pueden inducir a pecar? (Hechos 5:3; Marcos 4:15, 18-19; Mateo 13:20-21; Efesios 2:1-3).

- ¿Es necesaria la ayuda de Dios para comenzar siquiera a arrepentirnos del pecado y volvernos a él? (Juan 6:44; Hebreos 4:15-16; Romanos 2:4).

- ¿Es necesario que nos arrepintamos todos? (2 Pedro 3:9; Hechos 17:30; Lucas 13:1-3).

- ¿Qué es el arrepentimiento, y cuáles son algunos de sus frutos? (Salmos 51:1-3, 6-10; Lucas 18:13; 3:7-9; Santiago 1:23-25).

- ¿Por qué es importante el bautismo? ¿Qué representa y qué responsabilidades trae consigo? (Marcos 16:16; Romanos 6:4, 11-13, 17-18).

- Sin la gran misericordia y gracia de Dios, ¿hay alguna forma en que podamos ser reconciliados con él? (Isaías 59:1-2; Romanos 5:9-10; Efesios 2:8-10).

- ¿Hace posible el Espíritu de Dios que cumplamos nuestro compromiso con Dios? (Mateo 19:25-26; Hechos 1:8; 2:38; Filipenses 2:13). □

Esta publicación no es para la venta. La distribuye *gratuitamente* la Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

Puede enviar sus comentarios, preguntas o solicitudes a cualquiera de estas direcciones:

Argentina: Casilla 751 • 8000 Bahía Blanca, B.A.

Bolivia: Casilla 8193 • Correo Central • La Paz

Colombia: Apartado Aéreo 91727 • Bogotá, D.C.

Chile: Casilla 10384 • Santiago

Sitio en Internet: www.unidachile.org

Estados Unidos: P.O. Box 541027 • Cincinnati, OH 45254-1027

Sitio en Internet: www.IglesiaDeDiosUnida.org

El Salvador: Apartado Postal 2977 • 01101 San Salvador

Guatemala: Apartado Postal 1064 • 01901 Guatemala

Honduras: Apartado Postal 283 • Siguatepeque, Comayagua

México: Apartado Postal 4822 • Suc. Tec. • 64841 Monterrey, N.L.

Correo electrónico: subscriptores@unidamex.org.mx

Sitio en Internet: www.unidamex.org.mx

Perú: Apartado 18-0766 • Lima